

Entrevista con José G. Moreno de Alba

Hacia una conciencia panhispánica

Adolfo Castañón

A mediados de enero del 2006 tuve la fortuna de hacer una entrevista a don José G. Moreno de Alba. Era una de las tareas previas a la grabación del programa que hice junto con el equipo encabezado por Pedro Talavera para la serie *Los maestros detrás de las ideas* de TV UNAM, dirigida por Ernesto Velázquez Briseño. El siguiente texto corresponde a la transcripción de dicha conversación:

ADOLFO CASTAÑÓN: Estamos en el cubículo del doctor José G. Moreno de Alba, Investigador Emérito de la Universidad Nacional Autónoma de México y director de la Academia Mexicana de la Lengua. Doctor, lo primero que a mí me gustaría hacer es invitarlo a que reconstruya el periodo de la adquisición de las habilidades para leer y para escribir: ¿cómo era su entorno doméstico?, ¿cómo era esa familia? El niño que fue José Guadalupe Moreno de Alba, ¿cómo se educó y cómo lo caracterizaría usted ahora en este momento?

JOSÉ G. MORENO DE ALBA: Mi educación elemental fue en la ciudad de Aguascalientes. Yo había nacido en Encarnación de Díaz, Jalisco, pero al año o dos años de edad mi familia se trasladó por otros dos años, o algo así, a la ciudad de San Luis Potosí de donde ya toda la familia regresó a instalarse en Aguascalientes. Por lo tanto, la llegada de mi familia a Aguascalientes coincidió con el comienzo de mi educación elemental en una escuela que recuerdo muy bien. Había dos escuelas particulares en Aguascalientes cuando yo era niño —estoy hablando del año 46 más o menos—: una era el Cole-

gio Alcalá, en honor de don Eugenio Alcalá, propietario de la escuela y profesor del sexto grado de la escuela. La otra era el Colegio Portugal, un colegio cuyo nombre, me parece, obedece al de un obispo, quizás el primero de la diócesis de Aguascalientes; desde entonces esta escuela Portugal fue identificada como una escuela clerical. A mi padre no le parecía adecuada la escuela Portugal y me puso en la escuela Alcalá, que debo decirle era mucho más clerical que la otra, porque don Eugenio era un hombre sumamente piadoso y convertía a veces la escuela en una especie de catecismo permanente, pero en fin, era una buena escuela.

El pueblito Encarnación de Díaz, que es de los Altos de Jalisco, está a unos cuarenta kilómetros de Aguascalientes, incluso, Encarnación pertenece a la diócesis de Aguascalientes. Por eso cuando me preguntan: ¿a qué estado pertenece?, les digo: vamos a distinguir, si es un estado político pertenezco a Jalisco, pero si es un estado religioso pertenezco a la diócesis de Aguascalientes; por lo tanto, cuando me conviene soy de Jalisco y cuando me conviene soy de Aguascalientes y tengo razón para los dos.

De mi niñez no recuerdo una particular afición por la lectura; lamentablemente no, no la recuerdo así. Recuerdo una niñez tranquila, no particularmente feliz tampoco. Algunos recuerdan su niñez como algo idílico, yo no, sino normal; una buena familia la mía, normal también; mi padre comerciante sin mayores haberes amonedados y por el estilo, pero siempre con dignidad y atención a la familia, al grado de que me inscribió en



José G. Moreno de Alba

esta escuela. Recuerdo el monto de la colegiatura: eran 15 pesos mensuales. No era tan barata para ese momento [...], el año 46, mi padre también hacía un esfuerzo para la educación. Entonces ahí transcurrieron los seis años de primaria.

Mi maestra de quinto grado, la señora Garcés —recuerdo su apellido, no recuerdo su nombre—, cuando me dio clase ya era una señora de unos 60 años probablemente, sumamente discreta y educada y con una virtud sobre los demás maestros que tuve: la tolerancia, la paciencia con sus estudiantes, que tampoco éramos particularmente ruidosos ni latosos, pero ella era paciente con nosotros y ella fue la imagen del maestro de educación elemental que yo recuerdo; nos guiaba sobre todo en la lectura de mi libro, que se llamaba *Poco a poco*, y con la gramática —¿cómo se llamaban estas gramáticas que hacían los hermanos lasallistas o alguno de esos?— de G. M. Bruno, que era un seudónimo y que tenía manuales de todo tipo: de matemáticas, más adelante de trigonometría, de gramática también. Se llamaban G. M. Bruno todas y después me enteré de que G. M. Bruno es un seudónimo de textos —vamos a decir: anónimos—, de las escuelas, me parece que lasallistas o maristas, alguna de ellas. Entonces, volviendo al carácter católico de la escuela, pues estos textos venían muy a tono. Recuerdo yo este libro *Poco a poco* y había otro que se llamaba *Adelante*, también de lectura, y ahí fue donde me inicié en la lectura. Había un ejercicio de expresión oral que ojalá se siga haciendo en las escuelas elementales hoy —lo dudo—: era simplemente que la maestra Garcés nos pasaba a uno de los muchachos al frente y nos

decía, por ejemplo, el lunes: dime qué hiciste el domingo. Ah, claro. Platícame tu domingo. Ponía a sufrir a los niños porque no teníamos la capacidad de expresar algo tan sencillo como qué hice el día de ayer. Y eso lo recuerdo como un saludable ejercicio de expresión oral que seguramente se conjugaba con otras composiciones que la maestra Garcés nos dejaba. Después pasé al sexto con don Eugenio Alcalá, cuyo hijo murió hace algunos años (el hijo menor de don Eugenio fue compañero mío). Era muy estricto don Eugenio, igual daba varazos a su hijo que a cualquiera que hablara en la clase. La imagen que tengo del sexto año es la de un maestro cruel, si se me permite la palabra, porque era muy duro; la letra con sangre entra literalmente y era, diríamos, la aquiescencia de mis padres en ese sentido: te portas mal y eres castigado. No era como ahora, que uno festeja con los padres... No, allá era: tú, compórtate bien y no te pasará nada; si te portas mal, aguántate y se acabó. Luego ya tuve la suerte de venir a México; digo la suerte porque ahí sí tuve una educación secundaria de primerísimo nivel. Era una especie de seminario, muy pequeño —yo llegué a los once años a México—. Estaba en Tlalpan, era del Señor del Espíritu Santo. Era una secundaria; los que querían seguir para sacerdotes seguían. [...] Los profesores eran estudiantes de filosofía. Los seminarios del Espíritu Santo en México tienen la fama bien ganada de ser casi tan bien formados como los jesuitas, lo cual ya es muy importante. Tienen una excelente formación humanística, no sé si hasta la fecha; estoy hablando de experiencias de tantos años, pero todos los maestros que ahí tuve —no recuerdo sus nombres—, pero sobre todo de literatura, de gramática, de latín, el latín se enseñaba admirablemente bien; ¿el griego?, no logré aprenderlo... La secundaria es muy buena edad para aprender el latín, es un poco como los gimnasios alemanes en que se enseña el latín y el griego a los niños y lo aprenden perfectamente y yo creo que también es una edad muy buena para aprender gramática; han cambiado las costumbres educativas y ahora ya no digamos el latín que no enseñan sino ni siquiera gramática. En mi época se enseñaba muy buena gramática, tradicional, y muy buen latín, de tal manera que yo creo que fue allí en la secundaria.

Yo había entrado como ayudante de maestro, una cosa por el estilo, en la secundaria Fray Juan de Zumárraga, y entonces allí fui estudiante en la preparatoria. También trabajaba en la mañana y en la tarde. Ahora me encuentro todavía en la calle a algunos ex alumnos míos de la Fray Juan de Zumárraga. No son muchos menores que yo de edad, porque yo era casi de la edad de ellos, unos dos, tres años mayor, pero ya me encargaban ayudar a algún maestro a formar a los estudiantes en la fila del recreo. En fin, me daban alguna chambita y un poco de dinero, porque en ese momento sí era

yo quien pagaba mis estudios; mis padres no me podían ayudar y era una preparatoria particular. El señor don Alberto Vázquez Bracho, quien ya falleció, era el propietario del Zumárraga. El Zumárraga todavía existe, no sé si con la misma orientación: era una escuela católica. Me interesaba continuar con esta formación, que a mi manera de ver fue muy buena en la secundaria del Espíritu Santo, y después de eso ya logré entrar —con un poco de retraso por razones laborales que no tenía yo forma todavía de terminar mi preparatoria— a la Facultad de Filosofía y Letras, y quién iba a decir que al paso del tiempo ese sueño que tenía yo de estudiar (yo quería Letras en la Facultad de Filosofía), me iba a llevar al paso del tiempo a ser director de esa facultad, muchos años después, pero eso no lo soñaba. Yo soñaba con poder ingresar porque sabía que era muy difícil, pero lo logré y fue cuando estudié Letras... Entré en el año de 1964 y terminé en el 68, año fatídico. En ese año terminé mi licenciatura y comencé mi maestría y después mi doctorado. Sin duda alguna mi gran maestro durante toda la licenciatura en letras y la maestría y el doctorado en lingüística fue don Juan M. Lope Blanch. A este excelente profesor de la Facultad yo tuve la suerte, siendo director, de proponerlo como Emérito. Él había llegado a México allá por el año 1951; no era refugiado. Él llegó con una beca para asomarse un poco a ver qué se hacía aquí, sobre todo en El Colegio de México, y le interesaba venir a asomarse a la *Nueva Revista de Filología Hispánica* que tenía mucho prestigio y lo sigue teniendo. Él vino un poco a eso, y cuando llegó aquí en el 51 como investigador-becario, se asoma a lo que está sucediendo en el mundo de la filología en México y ve que está muy desatendido y muy retrasado en lo nuevo. Entonces va fraguando, don Juan, un poco la idea de vamos a probar, ejercer y enseñar aquí la filología; se queda aquí, regresa, me parece, sólo para casarse con doña Pacha, y luego regresa y se instala aquí y al paso del tiempo ingresa primero en El Colegio y luego en la Facultad. En la Facultad dio todo tipo de clases de lingüística, desde la gramática que le llamábamos Español I y II y luego filología, gramática histórica, lingüística hispanoamericana, dialectología, lo que usted quiera. Y él fue sin duda no sólo mi maestro más importante sino, en mi opinión, el verdadero formador de los nuevos filólogos y lingüistas de este país; no estoy hablando solamente de esta Universidad sino de este país, porque aquí en la UNAM y en El Colegio de México —él empezó en un principio a enseñar en El Colegio—, tuvo esa enorme influencia. Quizá no sea un lingüista súper genial pero formó muy bien a la gente.

Yo creo que el profesor Lope Blanch viene a ser un nieto de la escuela de Menéndez Pidal, del Centro de Estudios Históricos, inspirado en la parte lingüística de filología porque su maestro, que él siempre reconoció

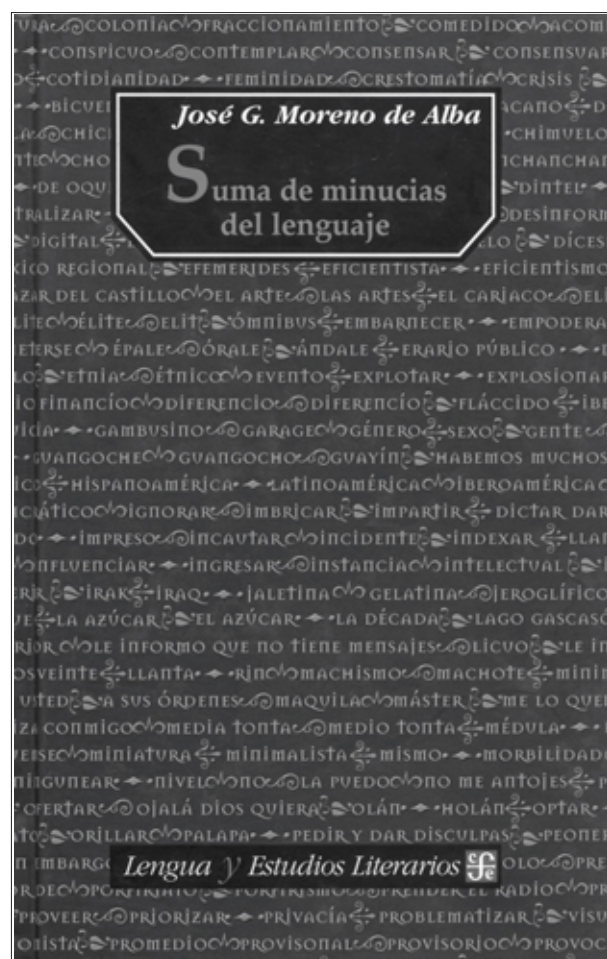
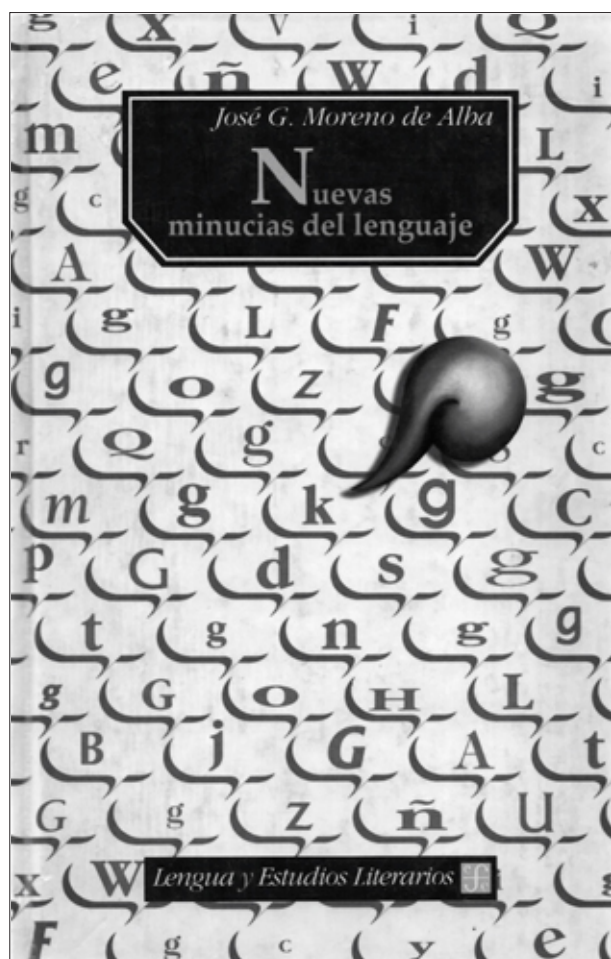
sobre los demás, fue Dámaso Alonso. De tal manera que Dámaso Alonso vendría a ser el enlace con don Ramón Menéndez Pidal, a quien don Juan Lope Blanch consideraba como su gran maestro, aunque creo que no le enseñó directamente pero sí trabajó un poquito con él en sus papeles, en sus investigaciones, pero fue de esa generación yo diría tercera de don Ramón Menéndez Pidal, a través de don Dámaso Alonso, a quien don Juan siempre consideró su maestro directo. Entonces yo vendría a ser un chozno, que sería un tataranieto... Es muy bonito porque sólo se produce este fenómeno de transferencia de conocimientos a varias generaciones, me refiero a la de Menéndez Pidal, en Argentina y aquí. Porque con don Amado Alonso, que fue a fundar el Instituto de Filología en Buenos Aires, sucede exactamente lo mismo; todavía hoy debe de haber y hay sin duda esta especie de choznos o biznietos de esa benemérita escuela de Menéndez Pidal que son dos ramificaciones muy bonitas y yo creo que el responsable de la ramificación mexicana es Juan Lope Blanch.

Yo conversaba con algún periodista el otro día sobre lo bonito que es que en la UNAM algunos de los grandes profesores suelen dejar a un alumno o dos muy destacados y ellos a su vez otros... aunque a veces se rompe la cadena. Lope fundó el Centro y el doctorado en lingüística y luego impulsó a algunos estudiantes en los que veía capacidades. Yo creo que esto es un enorme mérito, además de su obra; el haber dejado realmente grandes instituciones de lingüística.

Me parece que en el primer año de la carrera se enseñaba Español I, que era parte de la gramática, la oración simple. Tuvimos la mala suerte de que en mi generación, ese primer año, hubo deficiencias en el curso de español, lo tuvo que dar un profesor que no era gramático pero que gentilmente sustituyó a otra persona, pero tuvimos una mala experiencia en términos académicos. Cuando llegamos al siguiente año, a lo que llamábamos Español II, ya nos tocaba el doctor Lope Blanch; también era mi compañera la doctora Luna, ella lo recordará muy bien. El doctor Lope Blanch comenzó su clase preguntando algunos conceptos del curso anterior, que él no había dado, y se percató de que no sabíamos nada, que no habíamos aprendido lo primero y no podíamos ver lo segundo. Entonces tomó una determinación radical. Dijo en esos momentos —lo recuerdo como si fuera en la Facultad de Filosofía, en la planta baja—: “señores, ustedes no están preparados para este curso, mi obligación es impartirlo, por lo tanto, a partir de mañana no habrá clase cada tercer día sino todos los días y voy a repetir en la primera parte todo el curso I y luego seguimos con el II”. El doctor Lope Blanch tomó la determinación. No nos lo planteó como una posibilidad sino que nos dijo: de hoy en adelante será el doble número de clases, era de dos ho-

ras cada clase, y tuvimos la enorme suerte entonces de recuperar esos conocimientos del primer año con excelencia. Y terminó con todo el primer año y luego comenzó con todo el segundo; de este tamaño era el profesor Lope Blanch. Una persona que toma estas decisiones ante un grupo numeroso —unos dedicados, otros tontos, otros listos, pero a todos ofreció sus conocimientos—, yo creo que lo retrata esa anécdota. Y tuve la suerte además, al finalizar la licenciatura, en donde ya se debía elegir entre la maestría y el doctorado. Yo tenía mis dudas, no tanto sobre la literatura, que me encanta leerla pero menos estudiarla; tenía mis dudas entre dedicarme a la traducción del latín que entonces lo trabajaba con mi gran maestro don Rubén Bonifaz, de quien también me gustaría platicar un poquito, y/o la lingüística en la que me había introducido don Juan Lope Blanch. Acabé por dedicarme a la lingüística en la maestría y en el doctorado pero igual podría seguramente haber disfrutado mi vida académica de dedicarme a la traducción del latín, no del griego, aclaro, repito, que no lo seguí frecuentando después de la preparatoria y se me olvidó pero el latín lo frecuenté. Tuve la enorme suerte de tener dos excelentes profesores de latín: uno, el profesor Rafael Salinas, excelente profesor de latín, un gran conocedor... y además tenía un contexto sociohistórico del texto que estaba enseñando que era un prodigio. Yo lo tuve en primer año y era más de primer año, es decir, había dos profesores o tres de latín primero y todo mundo decía: con Salinas los que ya saben algo. Yo le conté de mi preparatoria, que ya había estudiado, me fui con el profesor Salinas. Me acuerdo que el profesor Pons Celis —excelente profesor de latín también— me había inscrito con él, y cuando yo hice mis ejercicios me dice: usted ya estudió latín. Sí, un poquito en la preparatoria. No se quede aquí porque no le conviene este curso, vaya con el profesor Salinas. Gracias a ese consejo me pasé con el profesor Salinas, de quien aprendí mucho y después con Rubén Bonifaz en el segundo curso de latín, excelentísimo también. Me parece que de licenciatura fue el último curso que impartió don Rubén, después siguió enseñando en pequeños grupos en el posgrado, y con él también tomé un curso ya en el doctorado, optativo. Fui su único alumno, él ya era coordinador de Humanidades, tenía su despacho en el último piso de la Torre II de Humanidades, y si se acuerda usted había una espantosa alfombra roja que deslumbraba cuando uno entraba pero él gozaba tanto su alfombra como su vochito color dorado y sus chalecos de color. En ese curso traduje con él solito el *Pro Archia poeta* de Cicerón, uno de los discursos más hermosos en el oficio de la poesía y lo publicó la UNAM. Por lo tanto, siendo yo estudiante de doctorado, tuve el gran gusto, gracias a mi maestro Rubén Bonifaz, no sólo de traducir a Cicerón en ese texto exce-

lente, bellissimo, *Pro Archia poeta*, sino además que me lo publicaron. *Pro Archia poeta* está publicado en la serie didáctica del Centro de Estudios Clásicos y es un discurso hermosísimo que llegó a la imprenta sin duda por la influencia de mi maestro.



de las Galias, y de otros autores latinos que nos había dejado a traducir. Yo lo traduje de una manera y el maestro en la clase propuso otra versión diferente a ese pasaje, no recuerdo cuál. Yo tuve la insensatez, al terminar la clase, de acercarme a él y le dije: maestro, ¿no podría mejor traducirse, poniendo mi texto sobre el de él, no sería más clara esta otra traducción? Entonces él me dijo: “mire, ya me tengo que ir porque es hora de que tengo que dejar el salón pero mañana platicamos de esta pregunta que me dio que pensar”. Yo llegué a tiempo a mi clase y él siempre solía estar antes, es un hombre enfermizamente puntual igual que yo, siempre está antes de la hora, y ya estaba y pasé a saludarlo: qué tal profesor, buenos días. Y tenía cinco libros enormes sobre el escritor, y me dice: “ah, mire, a propósito de su pregunta, quería mostrarle estas versiones”. Eran las cinco mejores traducciones de *La guerra de las Galias* de Julio César que había en lengua española y las cinco obviamente eran como él me había dicho, no como había dicho yo. Entonces me dice: “¿pero de veras le gusta, le parece satisfactorio mi argumento?”. Y le digo: “no, pues, perdóneme maestro que lo haya importunado”. Pero él tuvo la paciencia, porque lo de menos es haber dicho: hombre, jovencito, no me vengas con impertinencias, si alguien sabe latín aquí soy yo, no usted, y se acababa la discusión. No, él no hizo eso; adujo otros argumentos para ese estudiante que le había hecho una pregun-

ta quizá no impertinente pero tonta. Por lo tanto quedé agradecido y ya cuando iba en el tercero o cuarto volumen del texto traducido como él decía, pensé el maestro está bien, corrijo mi texto y pongo el de él. Ese era don Rubén, un hombre paciente y un hombre muy cuidadoso. Yo recuerdo, por ejemplo, cuando estábamos traduciendo *Pro Archia poeta* en su oficina, él me entregaba lo que había yo traducido el día anterior o la semana anterior con sus anotaciones, pero eran unas anotaciones puntuales, precisas de cada palabra, puntuación, etcétera, por lo tanto era coordinador de Humanidades, es decir, estamos hablando de un alto funcionario de la Universidad sumamente ocupado pero que nunca, nunca dejaba de apreciar que su labor más importante era la enseñanza y la investigación. Yo creo que esa es la gran virtud de don Rubén, además de todas las que ya hemos señalado, es que es un universitario ejemplar, cabal, es un caballero de la Universidad, es decir, un hombre que siempre ha tenido la misma altísima idea de la Universidad cuando ha tenido cargos y cuando no los ha tenido, antes de ser Emérito y ahora que es Emérito, antes de ser doctor *Honoris Causa* y ahora que lo es. Es decir, no ha cambiado, los cargos a él no lo cambian, la crítica que pueda ser buena, saludable, la sigue haciendo. El respeto que tiene a la Universidad, a sus autoridades, son invariables; eso hace de él un universitario. A todos los méritos anteriores de ser un eru-



José G. Moreno de Alba con Juan Miguel Lope Blanch

dito, de ser un alto poeta, de ser un hombre cultísimo, de ser un hombre paciente, sabio, bueno, se añade este otro carácter que es muy raro en un universitario así, de esa pieza...

AC: Volviendo a su vida: en los años de 1967, 1968, cuando está usted a punto de decidir si opta por seguir por una carrera como traductor del latín o bien se orienta por los estudios de lingüística, gramática, lexicología y lexicografía: ¿cómo recuerda usted esta disyuntiva?, ¿qué fue lo que lo llevó a explorar con mayor organización y método los vastos y complejos senderos de la lingüística?

JMA: La respuesta es complicada, compleja. Podría yo decir que vislumbré horizontes intelectuales mayores en la lingüística, más que en ese pequeño sector de la traducción. Yo no iba a ser filólogo en latín. Lo que podía haber hecho era seguir traduciendo y nada más. No estaba yo preparado para hacer filología latina: eso sí habría sido muy interesante. Me gustaba traducir. Pero lo que yo hacía era una traducción aprendida de manera artesanal, valga la expresión. No era yo un filólogo. Preferí dedicarme a la lingüística porque vi que había ahí un proyecto intelectual mucho más amplio, mucho más sistemático. A mí lo que me encantó de la lingüística que me dio Lope Blanch y que me dieron otros profesores —Jorge Suárez, el gran lingüista argentino fallecido hace algunos años, por ejemplo— es esto. Permítame comparar, por ejemplo, una clase de literatura que podría ser muy buena; yo tuve excelentes profesores de literatura, como Luis Rius o Arturo Souto: eminentes profesores de literatura, sabios profesores. Pero las suyas no eran clases de ciencia. Era un deleite

oír a Luis Rius explicar a San Juan de la Cruz. Pero no había ahí lo que yo buscaba: un sistema. Cuando yo entro a la clase de gramática, de lingüística, sobre todo de lingüística general, donde se me explica por primera vez en mi vida que la lengua es un sistema donde todo se relaciona y donde van las piezas encajando perfectamente, eso se traslada a la gramática española y se ve que eso funciona en la propia lengua, eso me entusiasmó. Entonces dije: No, yo creo que me voy por este lado. No me he arrepentido. Desde que en el año de 1968 me dediqué a estudiar sólo lingüística, no he dejado de estudiarla un solo día hasta ahora. Creo que elegí bien.

Tres grandes maestros: Jorge Suárez era un lingüista que trabajaba esencialmente lenguas indígenas y lingüística estructural. Llegó de Argentina; fue esposo de la doctora Yolanda Lastra, ilustre investigadora de Antropológicas, gran lingüista, sobre todo sociolingüista. Jorge Suárez llegó a trabajar aquí simultáneamente en El Colegio de México y en la UNAM, en ambos casos trabajando lenguas indígenas y sistemas sobre todo fonológicos de lenguas indígenas. Yo diría que la parte de filología española de mi formación académica se la debo a Lope Blanch y la parte de lingüística dura a Jorge Suárez, a quien muchos de los que estamos compartiendo piso aquí le debemos esos conocimientos teóricos muy sólidos. Suárez venía de las universidades de California, donde había hecho un doctorado muy macizo; había sido traductor de obras clásicas de lingüística. Por ejemplo, hay una traducción de Jorge Suárez de la obra de Charles F. Hockett, quien publicó una celebrísima introducción a la lingüística: *A Course in Modern Linguistics* (1958); Suárez la tradujo al español y la adaptó, que esa es su mayor virtud: adaptó este manual mundialmente famoso al español, con ejemplos en español. Esto lo hizo muy famoso. Por otra parte están sus estudios de lenguas indígenas de Oaxaca. Él trabajó muy cerca como gran lingüista de mi querida Gloria Ruiz de Bravo Ahuja, la mujer de don Víctor. Ella era una gran lingüista preocupada por las culturas indígenas del estado de Oaxaca. Formó una escuela de lingüística para las lenguas indígenas de Oaxaca en la propia Oaxaca aprovechando, y qué bueno, la influencia de su marido como gobernador o como secretario de Educación, excelente entre paréntesis, y después también en el propio Colegio de México. El lingüista que presidía la labor intelectual de estos centros era Jorge Suárez. La lingüística indoamericana y mexicana le debe mucho a Jorge Suárez. Sería bueno y muy hermoso que El Colegio de México le hiciera un homenaje. Se le debe a él mayor reconocimiento porque fue un hombre sumamente serio, dedicado a sus estudiantes y tenía, así como de cada uno he contado, una anécdota. No es exactamente una anécdota, aunque sí una idea que tengo de Jorge Suárez. Nunca dudé de que cualquier cosa que usted le

preguntara sobre lingüística, él sabría la respuesta. No conozco a otra persona así. Y si no la sabía, se la daba al día siguiente. Era increíble la información que él tenía sobre todas las cosas relacionadas con la lingüística. Era formidable. Si usted le preguntaba cualquier cosa: “¿qué me recomienda para esto?”, él podía decírselo en el mismo momento, y si no se lo resolvía al día siguiente y tenía usted una respuesta acertada. Hay que recordar estos garbanzos de a libra.

Cuando usted o cualquiera elige para su vida académica la lingüística, también tiene que hacer otra serie de elecciones. Decir lingüística es decir mucho: hay ahí varios mundos: el de la lingüística teórica, por ejemplo, el de la lingüística conceptual, en fin. Aquí tengo compañeros muy estimados en el Centro de Lingüística que están preocupados, por ejemplo, por la sintaxis teórica, por la fonología abstracta... A mí desde un principio me interesó la lingüística española, el español. No me interesa la lingüística en sí misma, sino como instrumento para conocer el español. Esto es también muy importante. Hay lingüistas a quienes lo que les interesa es esta capacidad humana que tenemos para comunicarnos. Pero ese es un tipo de profesional, un tipo de estudioso que no soy yo. Yo no me dedico a la lingüística general, aunque la conozco, porque si no, no podría conocer mi lengua y lo que me interesa es la lengua española. Y no la lengua española solamente como un sistema abstracto al que también debo conocer, para eso me enseñaron gramática, sino más bien la lengua española a la que se refería Eugenio Coseriu en su vertiente de lengua histórica, es decir, de una lengua que tiene lugar en un camino, en un lugar y en un momento. Tienen que darse las dos circunstancias. A mí me interesa cómo es la lengua española en México y ahora, y en América como extensión. He sido muy coherente en esto, fiel en mis ideas de trabajo. Esto me ha redituado frutos. No me he distraído demasiado con otras sirenas que aparecen en la vida intelectual de los investigadores. Para revolucionar la sintaxis española, no tengo la capacidad para tamaña cosa. Además no me interesa. A mí me interesa conocer el español: ese gran desconocido, me parece que lo llamaba Lope Blanch; llamaba así al español americano hablado por tantos millones de personas, su producto principal, el hijo de la lengua española al que conocemos muy mal. Entonces, para conocerla mejor, Lope Blanch concibió uno de sus enormes proyectos (otro fue el español de las ciudades): el *Atlas lingüístico de México* que nació como un deseo de precisar las sumas dialectales de Pedro Henríquez Ureña, ese gran dominicano, el gran maestro de América, uno de mis ídolos. Ese gran dominicano, que tenía lo que él llamó aficiones aunque en realidad eran profundos conocimientos: lo mismo le escribía a usted una crónica de ópera, de la cual era un gran conocedor, que

hacía un ensayo de lingüística, un artículo de dialectología. Pedro Henríquez Ureña era un hombre excepcional; ahora habría que buscar con lupa un talento de ese tamaño.

Henríquez Ureña publicó en la *Revista de Filología Española* de Madrid una serie de tres, cuatro, cinco artículos sobre el español de América en un momento en que era de veras muy poco conocido. Estoy hablando del año de 1920; propuso entonces una clara división del español americano, con zonas dialectales y también subzonas dentro de México; de México, proponía además una división en zonas dialectales que no voy a detallar aquí, pero que inquietó mucho a Lope Blanch. Como él quería mucho a don Pedro Henríquez Ureña, y lo estimó muchísimo siempre, se tomó en serio aquella división y entonces dijo: vamos a ver esta propuesta de Pedro Henríquez Ureña, vamos a ver qué realidad tiene el día de hoy. Entonces nos pusimos a hacer encuestas con una ayuda de El Colegio de México, del cual ya era él investigador y distribuía su tiempo entre la UNAM y El Colegio; yo también, por invitación de él, hacía esta combinación. Entonces por parte de El Colegio, aunque yo pertenecía a la UNAM, comenzamos a asomarnos a aquellas divisiones que nos llevaban a elaborar un cuestionario tentativo, que mejorábamos y le íbamos llevando los informes. Cuando terminamos la primera etapa de sondeo sobre las zonas dialectales, el propio Lope Blanch se dijo: tenemos tanto material que lo podríamos completar y pensar en un atlas lingüístico, y no sólo en una ratificación de zonas dialectales. Lope Blanch transformó ese proyecto sobre las zonas dialectales en un atlas lingüístico. Contó con el acuerdo del entonces presidente de El Colegio, porque esto suponía un presupuesto. Don Víctor L. Urquidí terminó por proporcionarle toda la ayuda de El Colegio. Vio el proyecto como una empresa muy importante para El Colegio y nos apoyó como siguió apoyándonos El Colegio, con los siguientes presidentes de El Colegio. Todos ellos vieron que los investigadores que podrían ayudarle a Lope Blanch eran de la UNAM. Entonces El Colegio le pidió a la UNAM que comisionara a algunos investigadores como López Chávez, Antonio Alcalá, hijo de mi maestro don Eugenio Alcalá, el que daba varazos. Antonio acabó siendo compañero mío en lingüística. A este grupo de investigadores de aquí de la Universidad, del Centro de Lingüística, lo comisionaba la Universidad algunas mañanas en El Colegio para hacer el *Atlas lingüístico*, además de todas las vacaciones. Porque nuestras vacaciones se nos iban en viajar en un Volkswagen que alguien prestaba y con unos viáticos que ahora me parecen muy raquíticos pero en ese momento eran suficientes para comer y pagar el hotel, más bien las posadas en los pueblos. Así pudo hacerse durante muchos años, durante las vacaciones universitarias, la investigación de campo.

Nosotros íbamos con nuestras cintas magnetofónicas, con nuestros cuestionarios, a que el director, el profesor Juan M. Lope Blanch, les diera entrada y los validara. Una vez que se terminó la investigación de campo, entró el trabajo de gabinete para organizar los materiales, transformarlos en mapas, pues estamos hablando del *Atlas lingüístico de México*. Lo hermoso es que se trata de un enorme proyecto concluido aunque muy complicado. El continente americano está lleno de proyectos como este pero inconclusos. Es algo tremendamente triste. Por eso el *Atlas lingüístico de México* es hermoso. Existe un mapa del sur de Chile *Atlas lingüístico-etnográfico del sur de Chile* conocido como Alesuch, que comenzó el profesor Guillermo Araya allá por los años sesenta. Él pudo publicar el primer volumen, una belleza de atlas del sur de Chile, ese país que sólo tiene norte, centro y sur, y no tiene ni este ni oeste. Resulta que a este profesor Araya, al llegar al poder el dictador Pinochet y los militares, lo echan de su cargo. Los alumnos de Araya desean publicar en su ausencia el segundo volumen que ya estaba terminado. Los militares les dicen a los alumnos: “Se publica pero sin el nombre de Araya”. “¿Pero qué está usted diciendo si él es el autor de este trabajo, es nuestro maestro!”, dijeron los alumnos. Respuesta: “Pues no se publica”; y no se publicó. Proyectos lingüísticos tan grandes como este se enfrentan a unos problemas tremendos que uno ni imagina. ¡Qué diablos! Un militar haciendo todo lo posible para evitar que se publique una obra tan importante como esta: ¡eso es América!, obstáculos, problemas, dificultades. El *Atlas lingüístico de México* sí se publicó. Ahora el problema es guardarlo. En mi casa, en mi biblioteca, tengo un librero. No es un librero; es una tabla especial para guardar el *Atlas*.

La lectura y relectura del *Atlas lingüístico de México* me ha permitido irme haciendo de información sobre el español mexicano y ahora, gracias a eso, me siento un buen conocedor del español mexicano. Hay esencialmente dos proyectos que me permiten conocer mejor quizá que otros colegas míos que no se han dedicado a esto, al español mexicano: uno, el haber pertenecido a la investigación del *Atlas* desde su principio hasta su final, haber viajado a los pueblos, haber conversado con la gente, haber analizado las conversaciones de los mexicanos y de los ancianos por ejemplo, y de los analfabetas; en fin, es una belleza este trabajo dialectal, esa es una buena formación. Y el otro es el estudio que también coordinó Lope Blanch, y que sigue trabajándose porque no se ha concluido ni se concluirá nunca, que es el estudio del español de las grandes ciudades del mundo. Las grandes capitales son ahora objeto de estudio de los sociolingüistas y creen en esto estar descubriendo algo muy nuevo cuando Lope Blanch, mucho antes que ellos, ya había visto la necesidad de estudiar el español de Madrid y el español de México, el español de Bue-

nos Aires, de las grandes ciudades. Desde el año 67, y aquí tenemos los materiales en este Centro, más de 400 horas de grabación estudiadas, de conversación. Se han publicado muchos libros sobre el español de la Ciudad de México de fonética, de gramática, de léxico, y ese conocimiento también me permite trabajar esos datos, que me permiten a su vez seguir investigando en diferentes aspectos del español de México que, como decía yo, es algo inacabable. Por ejemplo, terminamos el *Atlas lingüístico de México* y me puse a ver los mapas —usted sabe que un mapa lingüístico es un punto de partida no un punto final, de ahí se parte a la investigación— y entonces me di cuenta de que nuestros materiales fonéticos son sumamente complejos en el argot, son mapas de difícilísima lectura por su densidad. Cada mapa le lleva a usted una mañana descifrarlo y hay que saber, además, fonética. Entonces me dije: Esto tenemos que ofrecerlo a los estudiantes y a las personas interesadas de una manera más digerible y entonces escribí un librito que se llama *La pronunciación del español en México*, que publicó El Colegio de México y que ha tenido mucho éxito porque lo que hago es fletarme yo a hacer ese trabajo de interpretar el *Atlas* y luego exponerlo de manera sencilla con otros mapas hechos por mí, mapas más sintéticos, más fáciles de entender. Esto que hice me llevó varios años porque, repito, si para estudiar un mapa le lleva a usted una mañana, tomar notas de todos... En fin, fue un trabajo muy lento pero ahí está ese librito que me dejó muy satisfecho. Ahora comienzo a trabajar en la parte de gramática del propio *Atlas*. La gramática en los atlas siempre se ve muy superficialmente. Hay muy poco de morfología, muy poco de sintaxis pero ahí está la información, información por lo demás de los años setenta y yo creo que ya no es la misma. Yo voy a retratar, como retrataré la pronunciación de los años setenta, y esta también será una investigación válida. Es decir, yo no estoy diciendo: así se habla en México; así se hablaba en los años setenta. Quiero trabajar este año 2006 en gramática dialectal y escribir otro librito como el de la pronunciación y finalmente el léxico. Entonces completaría yo tres volúmenes de versiones más sencillas. No son para el gran público tampoco, lamentablemente, pero sí para los estudiantes, los profesores, son muy útiles. Este proyecto sería una versión “Moreno de Alba” del *Atlas lingüístico*; esto me tiene muy entusiasmado. Si a esto le añadimos que cosas del español mexicano todavía más sencillamente expuestas pero siempre con alguna dignidad son mis *Minucias del lenguaje*,¹ entonces también ese otro sector, que

¹ José G. Moreno de Alba, *Minucias del lenguaje*, Fondo de Cultura Económica, México, primera edición 1992; sexta reimpresión, 2002. El último libro de don José G. Moreno de Alba fue *Notas de gramática dialectal (el Atlas Lingüístico de México)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2013.

ese sí no es el erudito ni es el estudiante sino la gente curiosa, el lector general, entonces todo lo que escribo, casi, casi todo lo que escribo tiene que ver con el español mexicano y americano. Del español americano podríamos hablar...

Recuerdo yo que estaba con una grabadora alemana Uher que era la que nos daban para nuestro trabajo —una gran grabadora, yo creo que ahora no hay una grabadora tan buena como aquella Uher a pesar de todos los avances tecnológicos—. Estaba yo con mi grabadora Uher en un pueblito, no recuerdo cuál pero del estado de Michoacán, y con un anciano, un agricultor anciano, y estábamos conversando para hacerle su grabación y al término de la grabación le dije que si quería oír su voz y él se quedó admirado: no conocía la grabadora. Él creía que era un radio porque sí había radios portátiles que ellos, los campesinos, conocían. Es célebre por una fotografía aquel buey de un arado que trae colgado de un cuerno un radio de transistores. Pero este buen viejo no sabía que existía una grabadora, que podía su voz ser oída y se asombró cuando la oyó, entonces la naturalidad de su conversación sube a la n potencia porque es muy diferente cuando tiene usted una grabadora y sabe que está siendo grabada su voz, por mucho que trate usted de ser sencillo y natural, pero cuando no sabe ni siquiera que está siendo grabado sino que está conversando con otro es una cosa mucho más válida.

Yo pertenezco a un grupo de profesores que tenemos la idea de hacer congresos sobre el español de América. Ya llevamos varios; es un grupo sencillo de trabajo pero que ha tenido la suerte de organizar importantes congresos y se han publicado las actas. Entonces uno de los deseos de este grupo de trabajo es ir metiendo en las universidades españolas cátedras del español indio. Cátedra cuando se puede, yo sé que el concepto de cátedra allá es diferente, no todas las clases son cátedras... a veces hay cátedras, en Valencia me parece que hay una y otra en Valladolid, y también como materia optativa el español americano casi está en todas las universidades españolas y en las americanas uno pensaría que en todas las universidades se enseña Hispanoamérica. No, no es así. Tenemos todavía que hacer una labor. Debo decirle que conozco universidades sudamericanas donde los estudiantes tienen un mejor conocimiento de la dialectología peninsular española que de la dialectología americana. Eso es muy grave. Sí tenemos que conocer dónde está el gallego, muy bien, es indudable que tenemos, los que nos dedicamos a esto, la obligación de conocer el español de España, pero también el nuestro. A veces la clase de dialectología española se entiende como dedicada al español de España, y yo creo que debe ser hispánica, como decía precisamente don Ramón Menéndez Pidal, y también don Dámaso Alonso, que el futuro y el presente del español está en América. Por



© Javier Navarrete

eso la Real Academia Española y la asociación de academias, pero sobre todo la Real Academia Española —y esa sería otra cosa bonita para platicar— ha girado, ha dado la vuelta para América y tiene un gran interés por América, sobre todo don Víctor García de la Concha, el actual presidente-director de la Real Academia Española. Me cuenta don Víctor, que cuando ya había sido nombrado director de la Real Academia Española, fue a saludar al Rey, de quien es amigo desde antes de que asumiera ese cargo. Lo fue a saludar, a ponerse a las órdenes del Rey, recordemos que la Real Academia Española es una casa regia, depende de la casa del Rey, y entonces fue a rendirle homenaje al Rey, a ponerse a sus órdenes y lo que el Rey le dijo fue: “encárgate de América”. Eso se lo dijo el Rey Juan Carlos; y también se lo había dicho Lázaro Carreter, el anterior director: “Víctor, América, visita América, interésate por América, eso es lo importante”. Y yo creo que eso es lo que se está haciendo. Vea usted cómo no sólo en el ámbito de las universidades está viéndose hacia nuestro continente en términos de la lengua española sino también desde la Real Academia Española. Los trabajos de ahora ya se llaman panhispánicos, y esto es muy importante.² **U**

² *Los maestros detrás de las ideas. De la lengua a la lingüística: una vocación*, José G. Moreno de Alba (1940-2013), UNAM/Coordinación de Difusión Cultural, 2006, disco óptico láser de computadora. Adolfo Castañón (coordinador editorial de la serie), tomo IV, serie.